

La hora de la verdad

Alain Touraine, conocedor interesado de muchas décadas de América Latina y participante comprometido con nuestra suerte, al ser preguntado sobre la viabilidad de nuestra región, respondió que mientras no creciera muchísimo el número de sujetos, no vea ningún futuro. Touraine caracteriza al sujeto por la capacidad de acción inscrita en un horizonte trascendente, cuya primera nota es el respeto a los distintos. Compartimos esta apreciación respecto de nuestro país. No es sujeto el que se entiende como individuo de conjuntos que él no contribuye a diseñar y gerenciar, atenido a pautas emanadas de una autoridad no democrática. Tampoco es sujeto el individualista atenido a sus ganas, a sus intereses. Y es cierto que muchos conciudadanos o delegan su responsabilidad en otros o no asumen su responsabilidad. Así no puede salir a flote un país.

Queremos insistir en la variable ética, que es un componente relativamente independiente de los demás, y que presenta un deterioro tan alarmante que, si no volvemos sobre nosotros mismos, cualquier planteamiento político será ineficaz. Si me he perdido el respeto a mí mismo, si no respeto a los demás, si no me hago respetar, estamos en la ley de la selva, en la barbarie.

Un caso de ética en que estamos implicados casi todos

Vamos a poner un caso para que se vea lo diseminada que está la actitud de irrespeto que trae como consecuencia la pérdida de la propia dignidad. Si un jefe policial ordena a sus subordinados que asesinen a sangre fría a los malandros capturados porque, si no lo hacen, serán expulsados del cuerpo, ese jefe se ha perdido el respeto a sí mismo y a los demás. Más aún, ese jefe es un asesino y debe estar en la cárcel y no dirigiendo un cuerpo policial. Si los policías asesinan para no perder el trabajo, también son asesinos. Si los medios de comunicación apoyan estos hechos cotidianos, han perdido la dignidad, ya que son cómplices. Si la opinión pública respalda estas

ejecuciones sumarias para verse libre de tanta zozobra, es igualmente cómplice. Si los integrantes de la Asamblea Nacional no toman el asunto en sus manos para que comience a haber justicia eficaz y transparente y un sistema penitenciario que respete los derechos humanos y rehabilite, también se han perdido el respeto que se deben a sí mismos. Si el ejecutivo prefiere que la "justicia" sancione a sus enemigos a que haga justicia, y por eso la mediatiza, en vez de contribuir a su saneamiento y dotación de recursos, ha perdido su dignidad. Si el Poder Moral no levanta su voz hasta que no se ponga remedio, es el Poder Inmoral. Si la Iglesia no clama en concreto por el respeto a la vida, insistiendo a su feligresía en que es la piedra de toque de su fidelidad a Dios, no es la Iglesia de Jesucristo. Y todos sabemos que esto es lo que pasa.

Sin embargo, sí hay algunos policías que no cumplen la orden y que pagan el precio de perder el trabajo; sí hay periodistas que ponen al descubierto estas atrocidades, aunque a veces no se las publiquen o les amenacen; sí hay diputados que luchan porque haya cambios estructurales en esta materia; sí hay algunos jueces que hacen justicia y algunos funcionarios penitenciarios que cumplen con su deber humanizadamente; sí hay algunos fiscales que llevan sus casos adelante, aunque se los quiten de las manos; sí hay organizaciones de derechos humanos que luchan sin cuartel y con sus propias armas, es decir con derecho, respeto y dignidad, para que se acabe la impunidad y se quiebre la red de complicidades. Pero, si no aumenta el número de personas que se respetan absolutamente a sí mismas y por eso respetan las vidas de cada uno y no se resignan a que no haya un sistema justo y eficaz de justicia para que se quite cualquier tentación de tomar la justicia por su mano, no habrá un cambio sustantivo.

La ética anda metida en todo

El grado absoluto del cambio tiene que ser el cambio ético: gente que diga de modo absoluto no a la falta de respeto al otro, es decir

gente que se respeta a sí misma y que no está dispuesta a vender el alma, ni a cambio del mundo entero, para decirlo en términos evangélicos. Nuestro problema es que no poca gente parece estar dispuesta a vender el alma, no por el mundo entero sino por cualquier cosa, por lo que le ofrezcan, hasta casi por costumbre.

Sólo con la ética no se enrumba un país, pero sin ella todo es arar en el mar. Es demasiada la gente que vende su conciencia para permanecer en el puesto o para agradar al de arriba o para obtener beneficio. Delgado Ocando ha sido de izquierdas de toda la vida. Es explicable que piense que la revolución esté sobre el derecho y produzca sentencias no apegadas a él, pero concordes con lo que cree una justicia superior. Pero no es el caso de otros que no piensan lo mismo. Si el presidente del Tribunal Supremo de Justicia dice que según su opinión el presidente de la República, caso de ser revocado, puede presentarse a las elecciones subsiguientes, es que no se respeta a sí mismo, ya que no es concebible que un magistrado que nunca ha sido revolucionario pueda interpretar así la constitución. Son demasiadas las personas que en el ejército y en las distintas instancias de la administración se han vendido, literalmente se han vendido, son unos vendidos. ¿Es que es viable un país de vendidos? Pero también podemos decir lo mismo de los empresarios que han presionado para que sus empleados voten en contra de Chávez, abusando de su poder. Para no hablar de los políticos que no han aprendido nada y todavía siguen maquinando para volver a ejercer discrecionalmente el poder. Pero pasa lo mismo con los profesores que no presentan trabajos de ascenso en los lapsos establecidos o los piratean, y con las autoridades que se hacen al vista gorda y no aplican el reglamento o con los estudiantes que sacan un título copiando sistemáticamente o comprándolo con favores pecuniarios o "íntimos", o con los empresarios que evaden impuestos o con los médicos que hacen operaciones innecesarias o con las enfermeras negligentes...

Creemos que es mucha, probablemente la mayoría, la gente que se respeta, que respeta a los demás, que se hace respetar, que lucha por conservar su dignidad. Pero como la impunidad es casi absoluta, como la indefensión del ciudadano es casi total, como no pocas veces lo que se penaliza es la conducta ética, los que se respetan se afincan en su resistencia, pero muchas veces han perdido la esperanza de que las reglas de juego puedan llegar efectivamente a cambiar. Y uno es sujeto no sólo cuando resiste sino cuando lucha por transformar la situación de modo que la conducta ética no tenga que ser una heroicidad.

Examen de ética

El grado mínimo de ética es respetar la vida: la propia y las ajenas. Es gravísimo que no lleguemos a ese grado. Es gravísimo que los crímenes no sean excepcionales sino masivos. Es gravísimo que Caracas sea la cuarta ciudad con mayor criminalidad de América. Es gravísimo que se esté diezmado a la generación popular que se levanta. Pero es más grave la impunidad con que operan los malandros y la indefensión consiguiente de los ciudadanos. Es inconcebible que teniendo el presidente su base de sustentación en los barrios, ni siquiera a nivel declarativo, él, que habla de todo, se haya interesado por este problema acuciante. Pero el colmo de la falta de ética es que los cuerpos de seguridad causan tantas víctimas como el hampa y que estos asesinatos de las fuerzas del orden sean programados y cometidos a sangre fría. Pero el índice que revela la falta de ética en que hemos caído es que la opinión pública aprueba estos asesinatos y por tanto es cómplice de ellos, ya que si la ciudadanía los reprobara, las policías dejarían de cometerlos.

A este grado absoluto de falta de ética se equiparan los secuestros, que, además de la zozobra que causan en las víctimas y sus familias, no raramente acaban en asesinatos. A los secuestros se asemejan los encarcelamientos sin proceso y en condiciones inhumanas, por ejemplo el hacinamiento o el no ver

la luz. Y lo grave es que son tácitamente aprobados ya que no se pone correctivo.

El grado más grave de falta de ética después de éstos es el asesinato verbal: la denigración constante del adversario, la descalificación moral, mucho más cuando es total o parcialmente calumniosa. Dice la Biblia que quien borra a su hermano de su corazón y más aún quien lo odia es un asesino (1Jn 3,15). Pues en nuestro país una cuarta parte de la población ha borrado, no sólo de su corazón sino, en cuanto de ellos depende, del derecho de ciudadanía, a la otra cuarta parte. Se han excluido mutuamente, ante el sufrimiento de la mitad del país que quiere que quepamos todos, aun con nuestros antagonismos. En este aspecto la responsabilidad principal de esta falta de ética recae sobre el presidente y sobre los *massmedia*. Han sustituido los argumentos por los insultos. Eso no hay derecho. Y no nos podemos resignar a que siga pasando.

Un caso de falta de ética muy extendido en estos tiempos es el comprar conciencias y venderse. Lo practican sistemáticamente muchas empresas y el gobierno, y entran en el juego muchos funcionarios públicos y empleados privados, a todos los rangos. Es el cáncer de las últimas décadas, que no ha hecho sino empeorarse en este quinquenio.

Queremos insistir en que, gracias a Dios, muchos ciudadanos mantienen incólume su dignidad, lo que es especialmente heroico en estos tiempos de insolencia e impunidad.

La ética es una variable independiente. A la hora de la verdad la gente de cualquier profesión, partido, clase social, edad o credo, resiste o claudica. En Venezuela ésta es la hora de la verdad.

